

HOMILÍA CON OCASIÓN DE LOS 90 AÑOS DE MONSEÑOR BERNARDINO PIÑERA C. (2005)

Mis queridos hermanos y hermanas:

Cuando, hace ya algunos años, celebré en este querido Templo de San Francisco mis 50 años de sacerdocio, quise mirar hacia atrás y repasar lo que había sido mi vida. Hablé de una “primavera”, de un “verano”, de un “otoño” y de un “invierno”, di gracias a Dios por todo lo que de El había recibido y por el bien que El había querido hacer a través de mí y le pedí perdón por lo escasa y lo mediocre que había sido mi contribución personal a la obra de su gracia.

Se acercaba ya entonces el fin del “invierno” de mi vida. Pero Dios ha querido prolongarlo en una especie de “aurora boreal” en que la oscuridad de la vejez se ilumina ya con la luz misteriosa de la eternidad. Y no me siento ahora motivado por los recuerdos del pasado sino más bien por las esperanzas del futuro. Y del futuro quiero decirles unas palabras.

El Papa León XIII cumplió 90 años, siendo Papa y en pleno gozo de su salud y de su mente privilegiada. Cuando el Decano de Colegio de Cardenales, al saludarlo por su cumpleaños, expresó el deseo que Dios lo conservara hasta los 100 años, el Papa lo interrumpió: “¿Por qué ponerle límites a la misericordia divina?”. A los 90 años, él cuidaba su futuro y no quería que se lo acortaran innecesariamente. No es ese el futuro al cual yo me referiré.

El futuro de que voy a hablarles es más bien lo que los filósofos escolásticos llamaban “futurible”: algo que podría ocurrir pero que no ocurrirá. Es mi “sueño” de lo que yo haría si, en vez de tener 90 años, tuviera 19 y toda una vida por delante. ¡Cómo quisiera yo poder vivir otra vida, en vez de la que ya he vivido, una vida mejor desde luego, más santa, más entregada al amor de Dios, a la imitación de Cristo y al servicio y santificación de los hombres, más en concreto, del pueblo chileno!

Lo primero que tengo claro es que volvería feliz a consagrar mi vida a Dios. Para mí, el momento decisivo de mi vida no fue el día de mi ordenación sacerdotal o el de mi consagración episcopal. Fue el día de otoño de 1941 en que Dios me hizo sentir con certeza absoluta que me quería para Sí, para su servicio. Respondí a su llamado, dejé atrás todas las personas y todas las cosas a las que yo quería, lo seguí... y he sido feliz.

Si volviera a entrar al Seminario para ser sacerdote diocesano, o si me iría al postulante de los Padres Franciscanos no lo sé. Pero me dedicaría por entero –tal al menos es mi deseo– a la santidad porque estoy persuadido que es lo único que importa, o al menos el fundamento en que se ha de construir todo lo demás.

Y luego echaría una mirada llena de interés y de amor sobre el mundo en que vivimos, este mundo tan desconcertante y tan desconcertado, que apasiona, atemoriza y encanta y me entregaría por entero a una doble tarea: dar a conocer a Dios a los hombres, sabiendo que no es fácil y que hay que conocer muy bien a Dios y a su revelación para hablar de El a los hombres de hoy y ensayar nuevos lenguajes para

hacer vibrar el tímpano de nuestros hermanos, sumidos en la vanidad y en la soberbia de la vida, en el consumismo, en el permisivismo, en la droga y, a veces, ciegos y sordos ante Dios.

Pero, al mismo tiempo, estudiaría con interés y con amor al hombre y al mundo de hoy, buscando todo lo que hay en él que espera a Dios o tiende hacia El. Iría de la teología a la antropología, del conocimiento de Dios al conocimiento del hombre; y luego de la antropología a la teología. De arriba hacia abajo y de abajo hacia arriba, de Dios al hombre y del hombre a Dios, recordando siempre que Dios es Dios y el hombre solo hombre, pero creado por Dios a su imagen y semejanza, inteligente y libre como El y llamado a compartir con El al amor y la vida. ¿Acaso no decía ya en el siglo segundo el Obispo Irineo que “la gloria de Dios es el hombre vivo”?

Procuraría entrar plenamente en el misterio de la Iglesia. Más allá de sus aspectos institucionales, que son necesarios, me iría a la inspiración fundamental, al Evangelio que quisiera leer y releer y estudiar y meditar y vivir para poder proclamarlo y predicarlo con eficacia; y a la Eucaristía, en busca del encuentro íntimo con Cristo, de esa mesa en que El me espera para que “comamos juntos, El y yo”.

Buscaría y acogería al Espíritu Santo, que es Dios santificador, me dejaría conducir por El, con humildad y docilidad, le pediría que encendiera en mi corazón el fuego del amor, que hiciera de mí un enamorado, un apasionado, talvez un místico, en todo caso un hombre que “hablara con Dios o hablara de Dios”, como era el anhelo de Santa Teresa de Ávila.

Y finalmente, quisiera seguir teniendo un amor muy grande a mi Iglesia, que es la Iglesia de Cristo, una, santa, católica y apostólica, como dice el Catecismo, con su pueblo, levadura de un mundo justo, pacífico y feliz y con su clero, santificador de su pueblo. Amaría a mi Iglesia más que como a una institución venerable, con una larga y prestigiosa historia, luminosa pero con sus sombras –porque es humana- con su imponente jerarquía y su prestigio e influencia, con sus templos grandiosos y su fecundidad en obras de beneficencia; la amaría como una comunidad humilde y servicial, en que vive Cristo, que guía y anima el Espíritu, en que siguen presentes, Pedro, Pablo y los demás apóstoles y todos los santos, que ama al mundo y se adapta a él para servirlo mejor. Como una Iglesia fraternal, con todos los discípulos de Cristo que se han separado de ella pero viven del mismo Evangelio; con los que comparten con nosotros la fe en el mismo Dios, la fe de los patriarcas, los profetas y los sabios; con todos los que creen en Dios o lo buscan de distintas maneras, según las sociedades y las culturas en que han nacido; y solidaria con todos los hombres creyentes o no creyentes, justos o pecadores, pobres o ricos, jóvenes o ancianos.

En pocos meses más, el Santo Padre, en Roma va a declarar, con la asistencia del Espíritu Santo, que un religioso chileno, Alberto Hurtado Cruchaga, comparte con los santos la gloria de Dios. Yo lo conocí, lo admiré mucho, lo quise mucho y le debo mucho. Si hubiese de vivir de nuevo, trataría de seguir mejor su ejemplo y de dejarme arrasar como él por el amor divino, por la pasión apostólica, por el deseo de servir.

Pero no tengo 19 años ni los volveré a tener. Lo que pudo ser, y no fue, no será. Solo me queda reafirmar mi fe y amor agradecido al Dios que me llamó, pedirle perdón por no haber sido más fiel, confiar en su misericordia y, como el buen ladrón, esperar con ansia que me diga, cuando llegue la hora: “Hoy estarás conmigo en el paraíso”.

Les agradezco haber venido a acompañarme en esta celebración que es de acción de gracias por el don maravilloso de la vocación sacerdotal y religiosa y es también de arrepentimiento por todas las deficiencias y miserias de mi larga vida.

+ Bernardino Piñera C.,

Arzobispo Emérito de La Serena

Al terminar nuestra Eucaristía , los invito a todos a compartir conmigo una copa de vino, y algo más, en el claustro del Convento. La torta que se va a repartir es un obsequio del Alcalde de Coquimbo y de la Cruz del Milenio. Quiero expresarle aquí mi agradecimiento. Como así mismo al Coro y a la Tuna que nos acompañan y que vienen también de esa tierra muy querida.